

Le pido a Dios que me acuerde de todo lo que voy a decir ahora. He visto cómo el agua cubría la Tierra. He sentido la profundidad del agua. Cadáveres de personas y de animales que no veía nítidamente, después mi oración ha terminado. Después de unos momentos me he ido a mi habitación y me he sentido movida a invocar al Espíritu Santo, a cantar, a llamar a Jesús; me he puesto de rodillas, es como si me hubieran movido a ponerme de rodillas, y ha venido a mí la cita donde dice el Señor: “Lláname y te responderé, y te revelaré secretos de cosas recónditas que tú desconoces”, creo que es así y es lo que he dicho porque es lo que me venía. Y he llamado a Jesús, y he dicho: “Jesús”. Me he sentido movida a cantar al Espíritu Santo, todo el tiempo era como si me dijeran lo que tenía que hacer, a invocarle; y ahí es donde después me he quedado recogida, en un recogimiento profundo. No me podía mover, estaba totalmente en Dios, no sentía nada más que esa inmovilidad, ese estar en Dios, con los ojos cerrados. Imposible que yo hubiera podido moverme, ni hablar, ni hacer nada porque estaba totalmente en el Señor.

Entonces me ha vuelto a venir: el mar. Un terremoto en el mar. Se hace oscuridad, he visto el terror y el pánico de la gente cuando se acercaba el agua del mar con una fuerza increíble y mucha cantidad, un caudal inmenso de agua con una fuerza tremenda. He visto el terror de la gente cuando esa agua se les echaba encima. He visto edificios grandes que se caían, ahí no había agua, eran edificios que se desplomaban, se caían. He visto fuego que brotaba del suelo. He visto el terror de la gente. He escuchado unas palabras: “No me hacen caso, hija”. Era una voz paternal, una voz de mucho peso, una voz de mucho peso. He entendido “no hacen caso de mis advertencias”. También me vino durante la visión: “Barreré toda la maldad de la Tierra”. Entonces he visto que había pequeños grupos

de luz blanca, donde estaba el Señor, repartidos por la Tierra. He entendido la fidelidad que hay que tener en ese grupo en el que estamos, la fidelidad a la gracia que el Señor nos está dando. Porque, no sé cómo decirlo, era como una fidelidad absoluta que hay que tener al Señor en esta gracia que nos está dando.

Después algo muy terrible. Era como una zona que se abría y era como un abismo, algo que estaba vacío y oscuro, como marrón oscuro. Y he sentido mucho miedo cuando lo he visto, me he quedado muy sobrecogida. De ahí salían muchos demonios, muchísimos, que llenaban la Tierra por todos los sitios y hacían daño a la gente, un demonio arrancaba la cabeza a una persona, aunque no lo vi nítidamente.

He visto el terror de la gente, esto ha sido lo peor de todo. Porque aunque estaba en ese recogimiento que no podía moverme, se me caían las lágrimas de ese dolor tan inmenso, por ese terror tan terrible que he sentido dentro.

Después de los demonios, la luna roja. La gente miraba y se sobrecogía del terror. El sol se apagaba. La gente cuando miraba al cielo miraba con terror.

Después de esto me han venido unas palabras: “La purificación comienza”. Después de todo este terror y este pánico de los demonios, porque lo de los demonios ha sido un auténtico pánico y terror, después, justo después, he sentido paz. Se acabaron las lágrimas.

Entonces he visto la Cruz del Señor, agarrándome a ella. Y he sabido que es el único refugio, no hay otro, no hay otra salvación, no hay nada en lo que nos podamos proteger de todo esto más que la Cruz del Señor. Yo me agarraba muy fuerte a la Cruz, Sus pies no eran una imagen, eran de carne y yo los besaba. Yo estaba agarrada fuerte a la Cruz. He sabido todo esto: que es nuestra única salvación, nuestro único refugio: La Cruz del

Señor. Ahí estaba en paz, estaba tranquila. Todo había terminado, sólo en Él. Es lo único, no va a haber nada más, nada más.

Después de esto he visto a Jesús, pero no le he visto nítidamente. Ya no estaba en la Cruz, estaba Resucitado y yo estaba con Él. Pero ya todo el paisaje había cambiado, estaba normal, había luz. Era como una montaña o algo así y yo estaba sentada con Jesús en el suelo y veía a la gente abajo. Estaba reclinada en Su pecho, abrazada a Él, y estaba con paz, como que ya todo ha pasado. Y veía a la gente debajo de la montaña, y estaban los niños jugando y riendo, el paisaje era totalmente normal, había luz y todo estaba en calma, era bonito. Todo había pasado ya.

Después he visto que había ángeles, ángeles volando por el aire. Los ángeles se veían, yo no los he visto nítidamente pero los he visto que estaban. Y entonces ya me he quedado con paz; ya había terminado la visión.

Cuando estaba todo lo malo he dicho: “¿Y yo que tengo que hacer?”

He entendido: “Ser testigo; nada más.”

También he escuchado durante la visión: “Te muestro el bien y el mal.”

Después, cuando ya ha pasado todo, incluso ya había pasado también esta visión como del cielo nuevo y la tierra nueva, me ha venido que el Señor hará signos¹.

Tengo paz; estoy impresionada, pero tengo mucha paz.

Creo que aquí está todo. El Señor me lo ha mostrado.

¹ Los signos en el Evangelio hacen referencia a los milagros. En el contexto de estas visiones los milagros serán necesarios para subsistir ante las carencias y enfermedades que se producirán.